

HUGO RODRÍGUEZ-ALCALÁ¹

VIII. Cordura

Ya no estás, primavera, tan triunfante:
deja al verano iluminar el cielo
y lleva tus celajes, tus auroras,
adonde no haya sol y falten besos.

Yo también, en mi vida ilusionada,
diré adiós al enjambre de deseos
que a un ya maduro corazón envuelven
en su revuelo de enervantes pétalos.

Dejemos que otro sol y otros azules
formen distintos cielos.
Tú, primavera, vete; y tú, locura
tardía de mis años, apaga ya tus fuegos:

¹ Ensayista, poeta, narrador, docente y crítico literario paraguayo (1917-2017). Académico de Número de la ANLE y aventajado crítico internacional, tiene en su haber unos cincuenta libros publicados. Fue autor de ensayos y libros de crítica, como también de varios poemarios y colecciones de cuentos. Residió en Estados Unidos durante casi cuatro décadas ejerciendo la cátedra superior de literatura en varias universidades como Columbia, Rutgers, Washington y la University of California de la que fue fundador y primer director del Departamento de Estudios Hispánicos de esa universidad en México. La presente selección es del poemario *Abril, que cruza el mundo* (México, D: F.: Ed. Estaciones, 1960). (https://es.wikipedia.org/wiki/Hugo_Rodr%C3%ADguez-Alcal%C3%A1)

Hora es de abrir ventanas al poniente
Y de orientar el alma a otros luceros.

XII. Ulises

... Y marineros ágiles
te ligarán al mástil
y el dulce canto oirás desde tu nave.

Y, sin embargo,
te ha de doler el canto mágico
y llorarás los besos ignorados.

XXVIII. Romance de Juan Lobo

Juan Lobo –sombrero negro
y amplio poncho de tinieblas–
llega al rancho donde duerme
Rosario, sueños de espera.

Juan Lobo mira en su torno
y llama, quedo, a la puerta.
Los negros ojos de Juan
avizores centellean,
pero en la noche tan mansa
que parece Nochebuena:
la luna reza un rosario
de soñolientas estrellas
y la brisa esparce besos
por las quietas arboledas.

El cielo, pradera azul
de lirios rubios. Se orea
en la música remota
con que giran las esferas.

— Abre la puerta, mi vida
que ya la sangre me quema.
Tengo azahares que arden
en el fuego de la espera.

(Rosario duerme soñando
sueños de sueños en vela.
Sobre sus pechos desnudos
posa la diestra morena
aun en sueños reprimiendo
los latidos de impaciencia).

— Abre la puerta mi vida,
que ya la sangre me quema;
tengo un rosal de caricias
deshojándose en tu ausencia.

(Rosario salta el lecho
y abre, en silencio, la puerta).

Antes del alba, Juan Lobo
se fue montado en su yegua.
Galopó en la noche blanca
hasta el fin de la pradera.
La luz del amanecer
entró dorada, en la pieza,
Rosario duerme con besos
enroscados en sus trenzas.

